

LUENGO, Manuel. *Diario de 1808. El año de la conspiración*, en Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ e Inmaculada FERNÁNDEZ ARRILLAGA (eds.). Alicante: Universidad de Alicante, 2010, 546 pp.

Este volumen continúa la rica y ejemplar trayectoria de estudios sobre los jesuitas expulsos recorrida por varios historiadores de la Universidad de Alicante, en la que ha ocupado un sobresaliente lugar la recuperación del kilométrico diario manuscrito del jesuita Manuel Luengo, 64 tomos esforzadamente escritos entre 1767 y 1814 y conservados en el archivo de su orden en Loyola. De él se han publicado

los años 1767, 1768, 1769, 1773 y 1798, siempre con un papel central de la profesora Inmaculada Fernández Arrillaga, máxima especialista en el autor. Se suma ahora el material de 1808, otro año singular en el itinerario hispano-italiano de aquellos exiliados. Luengo contempló lo acaecido durante esos doce meses desde su atalaya de Roma, donde residía tras el segundo destierro a comienzos del siglo y donde escribe las 930 páginas que comprenden las dos partes del tomo 42 del *Diario*: eso es lo que ahora se da a la imprenta.

El libro consta de un sustancioso estudio previo de unas treinta páginas, una bibliografía, un índice onomástico y un moderado número de notas (en su mayor parte identifican personas y establecen correspondencias con otros tomos del *Diario*). El resto es la palabra de Luengo: verbosa, reiterativa, enfática y maniquea, la de un observador del mundo circundante que lo mira casi por rutina, porque conoce de antemano las verdades que lo explican y solo le resta constatar cotidianamente su cumplimiento. Lo hace extendiendo entradas bastante largas cada varios días, separando los meses y distribuyendo sus intereses con un cierto orden regular, que va acomodándose a las circunstancias de cada periodo. Pero como todo diario de tal naturaleza y extensión, es cíclico y repetitivo en lo fundamental, mas en lo anecdótico corto de perspectiva.

El estudio preliminar precisa bien los parámetros que definen el año ocho: la ocupación francesa de Roma en febrero en perjuicio de la soberanía del papa, y la crisis de la monar-

quía española a partir de marzo, no son para Luengo sino el corolario final de la conspiración que un siglo atrás habían urdido jansenistas, filósofos y francmasones para exterminar la fe católica, destruir a la Iglesia y entronizar el ateísmo y el libertinaje en todos los países. Napoleón Bonaparte ejecuta las últimas etapas del complot, cuya fase preparatoria fue la extinción de la Compañía de Jesús, única fuerza capaz de frustrar tan siniestros planes. En un lugar subordinado respecto al odiado Corso, en España el encargado de llenar las miras de los conspiradores fue Godoy, elevado al poder con malas artes para minar desde dentro la monarquía, aunque Luengo tampoco ahorra dicerios a Carlos IV, la reina María Luisa y una larga lista de malos ministros y consejeros, contra quienes nada puede hacer un inexperto, inocente y aislado Fernando VII. El otro gran tema del año fue la ocupación de Roma y el modo como Pío VII intentó resistirla sin menoscabar su dignidad; para Luengo es el inesperado acto de grandeza de un pontífice y un colegio cardenalicio que llevaban décadas sin estar a la altura de sus funciones y habían sido débiles, cuando no cómplices, ante el movimiento revolucionario y ante Bonaparte, al tiempo que crueles con los jesuitas.

En efecto, la conspiración, así como las caídas consecutivas de los soberanos de Nápoles, Portugal, Roma y España, Luengo las vincula todo el rato con su defensa de la Compañía de Jesús, propósito principal de estos millares de páginas amontonadas durante medio siglo. Sin inquietarse por resul-

tar repetitivo, consigna continuamente que los malos reyes Borbones y los malos papas y cardenales se han condenado a sí mismos y a su autoridad al haber accedido a acabar con los jesuitas, y ahora reciben la consecuencia de sus actos. Ese «ya os lo habíamos advertido» se mezcla con protestas de lealtad y sumisión, y una relativa esperanza de que aún haya tiempo de enmendar los errores, algo que sin duda pasaría por restaurar la Compañía y situarla en vanguardia de la lucha contrarrevolucionaria. En cualquier página y por cualquier motivo, y sin la menor intención, el autor despliega una cerrada, carismática e immoderada apología de su orden, de sus miembros pasados y presentes, de su desgracia y del catastrófico efecto que esta está teniendo sobre el destino de la fe. Las anotaciones de 1808, que fue un año gélido y el 41° de la expulsión, son igualmente un rosario de necrologías de los compañeros que iban muriendo y le dejaban con la agrídulce sensación de pertenecer a un reducto de ancianos que caminaban hacia su extinción material. El corporativismo jesuita es la sustancia misma de esta obra y de la cosmovisión de Luengo.

Otro punto recurrente en el *Diario* es el flujo informativo entre los expulsos entre sí, y de estos hacia España. Parte de la estructura interna la articulan los ritmos del correo, tanto privado como de gabinete. La agresión a Roma en 1808 puso bajo control francés las correspondencias particulares y diplomáticas, y Luengo gasta no poca cantidad de páginas e indignación en constatar los problemas para comunicar con sus corresponsales españoles

e intercambiar noticias veraces. A este respecto es primordial entender que su escritura no refleja sino una visión parcial y superficial de los acontecimientos. Sus fuentes son las cartas que cruza con amigos y correligionarios, y las conversaciones que mantiene en Roma con amigos y correligionarios, así como lo que puede atestiguar por suceder ante sus ojos, que nunca es mucho. De casi cuanto habla no tiene mayor autoridad que esta que repite a menudo: «no podemos decir más que la corteza y exterior, y el modo común de hablar de las gentes» (p. 53). Es decir, que casi siempre se trata de ensartar rumores y opiniones comunes, que por rebotar dentro de un círculo cerradísimo en intereses, experiencia e ideología, tienden a retroalimentarse y amplificar sus propios prejuicios y expectativas. Luengo llevaba una vida limitada en Roma, a pesar de sus años de residencia allí. Una clave de su *Diario* de 1808 la confiesa de rondón en la p. 215: «casi no trato con persona alguna del país»; de hecho, no deja de manifestar su desdén por los italianos en general y los romanos en particular, a quienes moteja de exagerados, mentirosos y de poco fiar. Trata sobre todo con otros jesuitas y otros españoles, con quienes comparte ávidamente las cartas, periódicos y rumores que triangulan de un sitio para otro.

Así pues, hablillas y más hablillas, muchas de ellas de segunda o cuarta mano, casi todas en perpetuo trance de rectificarse o confirmarse: eso es el noventa por ciento del *Diario*. En ese sentido su valor e interés históricos radican en reflejar una determinada opinión

pública, aunque no forzosamente informada y fiable. Gracias a él sabemos cómo y cuándo llegaban las noticias, cómo eran recibidas e interpretadas en ciertos grupos: nos da, pues, una detallada crónica, más que de los acontecimientos en sí, de cómo los vivieron las gentes de su cuerda, y de qué modo circulaban las verdades y las mentiras por esa Europa convulsa. Y está, por supuesto, su rica información interna del exilio jesuita, que en ese 1808 tiene un radio de interés más corto, pero que en términos absolutos supone el mérito mayor del *Diario* en su conjunto.

Sería vano buscar otros méritos literarios en Manuel Luengo, aunque como estudioso de la literatura autobiográfica no quiero dejar de hacerlo. En este universal eslabonamiento de quejas y malos pronósticos, entre su tupido providencialismo cristiano y su pesimismo antropológico militante, apenas aflora la vida cotidiana. Nunca fue su propósito, pero en tantos miles de páginas es inevitable que algún palpito de humanidad se filtre, a veces a conciencia y a veces inconsciente. Luengo apenas construye su personaje, y el que sí llegamos a percibir no cae simpático. Es un tipo plano, previsible y monótono, sin afán de introspección y poco generoso con sus semejantes..., salvo que sean jesuitas. Siempre maniqueo, siempre quejumbroso. Si hubiera que aplicarle la división de Claudio Guillén entre literatura *del exilio* y *del contraexilio*, la suya pertenece clamorosamente a la primera categoría: es incapaz de sustraerse al agravio y la pérdida de identidad, no solo individual sino muy en particular colectiva; la in-

justicia de pertenecer a un grupo desterrado informa moral, temática y estilísticamente cada página. Ni siquiera intenta trascender su condición de jesuita exiliado: tan solo cuenta los días, los meses, los años, y estira cada vez más el hilo de esa amargura. Mas dicha amargura no le sirve para ahondar en su fibra moral o para cuestionar su identidad, como hace la mejor literatura del exilio, ni tampoco para levantar testimonio de la vida perdida.

A su pesar, tal vez, asoman otros rasgos, ciertas flaquezas. Hay constante fijación con el dinero: los retrasos o agravios en sus pensiones, las rentas de que gozan otros y que explican malévolamente sus conductas, el coste de la vida... En su teoría conspiratoria la persecución contra los bienes y rentas materiales del clero ocupa un lugar prominente. Las primeras anotaciones de cada mes, cuando tocaba recibir la pensión, se asignan de forma prolija a ese asunto, con notoria ansiedad. Durante todo 1808 le aflige la angustia de que la crisis española fuera a interrumpir la entrega de fondos a los expulsos. Temían asimismo que los franceses acabasen echándolos de la Ciudad Eterna. Una anécdota lo refleja con algo de sorpresa, como si estuviera reconociendo de pronto un rasgo de su carácter en que no hubiese reparado antes: «uno de estos días se rio mucho de mí un jesuita amigo viendo a la puerta de mi casa un carro de carbón que me costa-

ba doce pesos duros, ¿pues qué?, me dijo, ¿piensa usted gastar este carbón en Roma? ¿cómo, nos han de dejar aquí los franceses?» (p. 139). Este «pequeño y aun ridículo negocillo de la provisión de carbón para mi casa» (p. 140) es lo que, muy de cuando en cuando, presta algo de humanidad auténtica al texto, en el que casi el único rasgo característico de estilo es ese expresivo uso de los diminutivos, que prodiga.

Aunque el de los jesuitas no es en eso comparable a otros grandes exilios políticos españoles posteriores, la suerte de un desterrado es siempre precaria... incluso cuarenta años después. El 21 de enero gasta mucho espacio escandalizándose por los problemas que la invasión de Portugal y la guerra naval entre Francia e Inglaterra está causando a la introducción de productos ultramarinos en Italia y a la enorme alza en Roma del azúcar, el chocolate o el café. Una de sus escasas expansiones le lleva entonces a exclamar que «si no se modera algo el precio de estas cosas, será forzoso, según nuestra miserable renta, que no podamos tomar una jícara de chocolate aun los que estamos acostumbrados a ella desde que nacimos» (p. 52). Y es que los tópicos, aun siéndolo, no tienen por qué ser siempre falsos: cualquier anticlerical de comienzos del XIX se hubiera relamido comentado este pasaje.

Fernando Durán López
Universidad de Cádiz